vuestra sustancia? Mi sangre corre por sus venas; pero ¿no están en El tambien todas vuestras perfecciones? Yo le amo como á mi querido Hijo; pero ¿no le amais Vos tambien como á vuestro Hijo predilecto? Sin embargo, Vos le abandonais; ¡pues bien! ¡Yo le abandono tambien! Vos no le perdonais; Yo tampoco le perdono. Vos le condenais; Yo le condeno tambien. Sí; que mi Hijo quede en la cruz, que permanezca enclavado en ella, supuesto que Vos lo quereis, hasta que haya exhalado el último suspiro, á fin de que os satisfaga, os obedezca y salve á los hombres (1).

¡Ved aquí, pues, que el mismo grito de muerte contra Jesus inocente se eleva, no sólo del corazon, lleno de rabia y de furor, de los fariseos, sino del corazon, lleno de ternura y de amor, de María! Mas este grito, que por parte de los enemigos de Jesucristo es el grito de un furor infernal, por parte de su Madre Santísima es el grito de una misericordia celestial. Aquellos piden la muerte de Jesus por odio á Jesus, y Esta pide tambien la muerte de Jesus, pero es por amor á los hombres. Este grito de muerte es para sus autores el crímen enorme que los pierde, y en María es el gran acto de misericordia que nos salva.

¡Ay, en el Calvario todo es grande, sublime, majestuoso, inefable y digno del Dios que se inmola! Por una parte el Cordero de Dios puro y sin mancha, conservando toda su mansedumbre divina aun bajo la ma-

(1) Crucifige, crucifige eum. (*Luc.*, XXIII, 21.)

no despiadada que le sacrifica, pide que su muerte sea útil á los mismos que se la dan; se ofrece El mismo en holocausto perfecto á la justicia de Dios por la salvacion del mundo; y para dar á su ofrenda un valor infinito, la acompaña con la elevacion de sus manos (1), con el incendio de su corazon, del cual se elevan hácia el cielo, como un perfume delicioso, los más tiernos suspiros de amor (2); con exclamaciones misteriosas, con lágrimas y con un respeto profundo (3).

Por otra parte, el Padre eterno no sólo se halla presente de una manera especial en el Calvario, segun la expresion de San Pablo, sino que está en el mismo Jesucristo, aceptando el sacrificio de los siglos, que le ofrece su propio Hijo, y reconciliándose, en consideracion á El, con el mundo. El Padre eterno perdona los pecados del mundo por la gran satisfaccion que recibe de Jesucristo (4), y con una pluma mojada en la sangre de su Hijo borra la sentencia formidable que nos condenaba á perecer (5).

Parece que despues de lo dicho nada hay que añadir á un cuadro tan sublime, sino el misterio que representa. Sin embargo, no es así, dice San Ambrosio; despues del espectáculo de un Dios que expía los pe-

(1) Elevatio manuum. (*Psal.*, CXI, 2.)
(2) In odorem... incensi. (*Num.*, XXVIII, 6.)
(3) Cum clamore... et lacrimis... pro sua reverentia. (*Hebr.*, V, 7.)
(4) Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi. (II *Cor.*, V, 19.)
(5) Non reputans illis delicta ipsorum. (*Ibid.*)

cados del mundo y de un Dios que los perdona, hay todavía una cosa que puede excitar nuestra religiosa admiracion y enternecernos, á saber, el espectáculo de la actitud y de los sentimientos sublimes con que su Madre asiste á este misterio y toma parte en él (1). María, colocada entre estos dos Personajes, se asocia á los sentimientos de Uno y Otro; Ella confirma, aprueba y suscribe, Ella coopera y contribuye á todo cuanto el Uno y el Otro hacen por nuestra salvacion. Ella toma al Hijo por regla de su obediencia, y en El y con El se somete á los decretos rigorosos del Padre. Ella toma al Padre por regla de su caridad, y en El y con El condena y abandona al Hijo por la salvacion del mundo (2).

Nosotros tenemos tambien en el libro tercero de los *Reyes* una figura de la generosidad de alma, del valor sublime con que la Madre de Dios sufre unos dolores tan agudos, y se priva voluntariamente de su Hijo por nuestra salvacion.

Dos mujeres se presentan un dia ante el rey Salomon, disputándose un niño, que cada una de ellas dice que es su hijo. ¿Qué hace el sabio monarca para saber cuál de estas dos mujeres es la verdadera madre del niño que se disputan? El manda que se le lleve un cuchillo, y que allí, en presencia de las dos rivales, se parta el niño por medio y se dé la mitad á cada una de

(1) Delens quod adversus nos erat chirographum decreti, quod erat contrarium nobis. (*Colos.*, II, 14.)

(2) Stabat non degeneri spectaculo mater.

ellas (1). Es muy justo, responde entónces una de las dos mujeres; es muy justo que se divida este niño, que es la causa de nuestra disputa, y que ni una ni otra tengamos la satisfaccion de poseerle (2). Así pensaba, así hablaba aquella á quien no pertenecia el niño. Mas, por el contrario, la que era su verdadera madre, la que estaba cierta de haberle dado el sér, pensaba y hablaba de diferente modo. A vista del verdugo que coge al niño por un pié, desenvaina su cimitarra y se pone en actitud de ejecutar la sentencia; al ver brillar el hierro mortífero que debe quitar la vida al fruto de sus entrañas, siente anticipadamente en su corazon el golpe que va á herir el cuerpo de su hijo; la vista de la ejecucion de esta sentencia en el inocente niño debe hacerla sufrir mucho más que al mismo que ha de ser víctima de ella. Ella siente su alma traspasada, toda su sangre agitada por el dolor y sus entrañas conmovidas por la compasion (3), y en un arrebato de ternura maternal se levanta para detener el brazo del ejecutor. «No, no, exclama; no, por piedad; no seais tan bárbaro que asesineis á mi hijo; dadlo más bien á la otra mujer, yo consiento en ello. Yo quiero más bien verme privada de él, que verle morir en mi presen-

(1) Afferte mihi gladium... dividite... infantem vivum in duas partes; et date dividiam partem uni, et dividiam partem alteri. (III *Reg.*, III, 24, 25.)

(2) Illa dicebat: nec mihi, nec tibi sit; sed dividatur. (III *Reg.*, III, 26.)

(3) Commota sunt viscera super Filio suo. (*Ibid.*)

cia (1). — Mujer generosa, prosigue entónces el rey, vuestra ternura manifiesta que vos sois la verdadera madre de ese niño. Lleváosle, pues, y vivid feliz por haber sido dos veces su madre: porque primero lo engendrásteis con vuestra sangre, y ahora acaba vuestra generosidad de librarlo de la muerte» (2).

Este pasaje tan tierno y tan patético es la figura de un misterio, todavía más tierno, que María consuma al pié de la cruz, y del título sagrado en cuya virtud se hace nuestra Madre.

Esta mujer generosa cede voluntariamente su propio hijo á la envidia de su injusta rival, y María cede tambien voluntariamente el suyo al odio de los judíos, por la salvacion de los pecadores. Asociándose á los sentimientos generosos de Dios Padre, exclama al pié de la cruz: «Padre celestial, yo consiento en que mi Hijo sea entregado al género humano, enemigo vuestro» (3). La mujer del tiempo de Salomon cede á la inícua pretension de su rival para salvar la vida á su propio hijo; María, por el contrario, consiente en la muerte de su propio Hijo para dar la vida á los injustos que la reclaman. La una dice: *Dad el niño á la que lo pide; mas no le mateis.* María dice: *Haced morir á Jesucristo, y dadle á los que tienen necesidad de*

(1) Obsecro, Domine, date illi infantem vivum, et nolite interficere eum. (*Ibid.*, 26.)

(2) Ait rex: Date huic infantem vivum, et non occidatur: hæc est enim mater ejus. (III *Reg.*, III, 27.)

(3) Date illi infantem. (*Ibid.*, 26.)

El. La una salvó á su hijo cediéndolo; y este mismo hijo, y no la rival, fué quien cogió el fruto de la generosidad de su madre. María, al ceder á Jesucristo, lo entregó á la cruz y á la muerte; y nosotros los pecadores, y no su Hijo, somos los que hemos cogido el fruto de la generosidad de su ofrenda. En la figura, la madre no tiene más que un hijo; en lo figurado, María tiene dos: Jesucristo, su Hijo único segun la naturaleza, á quien Ella concibió de su sustancia, y los hombres, sus hijos adoptivos, á quienes Ella ha engendrado por su amor. Aquella ejecuta en su hijo único dos actos de amor maternal: ella se priva de él y le salva, ella lo cede y lo recobra. María ejecuta sobre dos objetos diferentes estos actos del maternal afecto: Ella se priva del uno por salvar al otro, Ella cede el uno á la muerte por volver á la vida el otro. Finalmente, aquella mujer afortunada, por la cesion generosa que hizo de su hijo para no verle morir, fué reconocida y proclamada su verdadera madre; y María, por el acto generoso que ejecuta al dar un Hijo por salvar de la muerte al otro, es igualmente reconocida y proclamada nuestra verdadera Madre. Y en efecto, así como Salomon, á vista de la heróica generosidad de aquella mujer, le dice: «Recibid este niño vivo; se conoce bien que es vuestro hijo» (1); así tambien el verdadero Salomon, desde lo alto de su cruz, como desde su tribunal, dice á María: «Mujer, recibid en la persona de Juan á todos los hom-

(1) Date huic infantem vivum... hæc est enim mater ejus. (III *Reg.*, III, 27.)

bres por hijos; en el precio que habeis dado para adquirirlos, se conoce bien que los amais mucho y que son vuestros verdaderos hijos» (1). Espada formidable de la Justicia divina, pronta á descargar sobre nosotros el último golpe, ¡suspendeos! Divino Juez, revocad por favor la sentencia que vuestra justicia habia pronunciado contra nosotros. Escuchad las tiernas súplicas de nuestra Madre, que os lo suplica encarecidamente. Vedla cómo al presenciar la muerte de su Hijo único, se inmola en El y con El, y nos da ese Hijo por precio de nuestra salvacion (2).

Apaciguada con esta permuta, satisfecha con esta ofrenda, perdonadnos para siempre, confiadnos, vivos con la vida de la gracia, al amor maternal de María, que con tantas penas como ha sufrido, ha manifestado que Ella era nuestra verdadera Madre.

(1) Obsecro, Domine, date illi infantem... et nolite interficere eum. (*Ibid.*, 26.)

(2) Date huic infantem vivum, et non occidatur: hæc est enim mater ejus. (III *Reg.*, III, 27.)

CAPÍTULO XI.

El sacrificio de Isaac, ofrecido por su propio padre, es una figura del sacrificio de Jesucristo, ofrecido por María, su propia Madre. Explicacion de esta bella figura en todas sus partes, y su aplicacion al misterio del Calvario. Consecuencias morales de esta doctrina.

No podrá jamas admirarse suficientemente la magnanimidad y la tierna y profunda conmiseracion de María sobre la triste suerte de los hijos de los hombres. Estos sentimientos obligaron á esta Madre de bondad á consentir generosamente en la inmolacion del Hijo de sus entrañas para la redencion de los hijos de su corazon. No debe, pues, parecernos extraño ni inconducente que San Buenaventura, como ya hemos dicho, aplique á María las palabras admirables que San Pablo escribió con relacion al Padre eterno, á saber, QUE NO PERDONÓ Á SU HIJO ÚNICO, SINO QUE LO SACRIFICÓ POR LA SALVACION DE TODOS (1). Hay ciertamente una diferencia inmensa, una distancia infinita entre el amor de Dios á los hombres y el amor de María; los dos, sin embargo, tienen un mismo principio y un mismo fin, supuesto que habiendo penetrado el corazon de María, como hemos dicho, la misma caridad que habia movido al Padre eterno, la obligó á eje-

(1) Proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradivit, illum. (*Rom.*, VIII, 32.)